



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

R

# El modelo Frankenstein por Rosa María Rodríguez Magda. Madrid : Tecnos, 1997

Autor:

Herrera, María Marta

Revista

Mora

2000, N° 6, pp. 139-140



Reseña



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

RODRÍGUEZ MAGDA,  
Rosa María,

**El modelo Frankenstein.**  
Madrid, Ténos,  
1997, pp. 131

Inmersos en las pos-trimerías del siglo XX, nos enfrentamos, por un lado, con la pervivencia de "restos cadavéricos de nuestro pasado" que se muestran en una contemporaneidad convulsa: teorías, estéticas, religiones; y por otro lado, "lo monstruosamente Otro": el fanático, el extranjero, el violento, el diferente, aquello que, en vano, se intentó excluir de los límites de la conciencia, impone su presencia y horror. El modelo frankenstein: ésta es la metáfora, el vehículo a través del cual Rodríguez Magda nos conduce en su visión del panorama cultural de nuestros días.

En el primer capítulo, la autora nos ofrece su propuesta teórica frente a los problemas filosóficos, sociales, políticos de este momento, para luego en los siguientes capítulos señalar los antecedentes teóricos, la situación del feminismo frente a esta problemática y un repaso por la situación cultural de la **frankensteinización**, especialmente en la estética literaria.

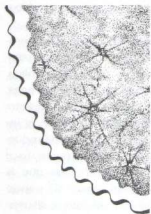
En efecto, la crisis de la Modernidad implica, como bien sabemos gracias al pensamiento posmoderno, la caída de los Grandes Relatos. Se ha im-

puesto un vacío epistemológico que parecería reducir el pensamiento al nihilismo, al relativismo, a la banalización. **La filosofía de la supervivencia** se constituye en el intento de mantener las reglas del espacio social, ético, estético sin recurrir a una fundamentación fuerte o última. La filosofía pareciera volverse prescindible. Sin embargo, para la autora, la pérdida de toda autoridad o verdad inmutable, lejos de hacer caer al sujeto en un relativismo o un nihilismo lo impulsa a la tarea infinita de **crear-se**. La acción y no la esencia va produciendo ese sujeto estratégico, consolidando su autonomía. El origen de la acción y del pensamiento dejó de ser un fundamento nouménico para ser ahora la experiencia, el tanteo. Esta experiencia sigue necesitando ideales regulativos pero ahora son sostenidos como **simulacros operativos** a través del **consenso**, por lo tanto permanentemente renovables. Para el hombre de fines del siglo XX siguen habiendo proyectos irrenunciables: la libertad, la autonomía, el conocimiento, la justicia. El punto está en la posibilidad inmensa de crear una personal estética de la existencia.

Rodríguez Magda prefiere hablar de transmodernidad, en vez de posmodernidad, para describir

este proyecto en el cual se intenta delimitar un horizonte de reflexión que supere el nihilismo y los compromisos de proyectos caducos, pero a su vez sin olvidarlos. El hombre debe encontrar, en esa geografía de la ausencia, que es la caída de toda autoridad o fundamento, característica del pensamiento posmoderno, la garantía de su libertad creadora. Hablar de una época transmoderna significa aceptar la hegemonía de la ausencia como trasfondo de este retorno pragmático de la responsabilidad en la creación de la existencia autónoma del sujeto.

Esta coyuntura transmoderna se interpreta a través de las claves de la diferencia. Pues, si bien la tematización de la diferencia ha tenido muy diferentes respuestas existen significantes muy caros a todas ellas: reivindicación de lo Otro, denuncia del carácter instrumental de la razón, fragmentariedad, simulacro, giro lingüístico, etc. El meollo de la cuestión está en poder sostener todos estos supuestos para asumir de forma diferente el desafío de la emancipación y no caer en la ineficacia o parálisis política. La filosofía de la diferencia, entonces, para la autora, permite el mantenimiento de simulacros útiles dentro de un consenso social para fines emancipadores.



Frente a este estado de la cuestión, el feminismo se enfrenta al interrogante de saber hasta qué punto afecta a las mujeres, la crisis de una Modernidad que no las incluyó en su proyecto, más aún que se sostendría en la subordinación de los sexos.

Deconstruir y reconstruir esta realidad significa hablar de un feminismo transmoderno que permite a las mujeres: 1. ser sujetos estratégicos que tienen su fuerza en la permanencia situada; 2. aceptar una genealogía e identidad, una presencia histórica en la multiplicidad, una realidad que se sabe ficticia.

Todo ello configura una ética en constante análisis del poder que brega por la libertad y la ficción. Apostar por una identidad simulada no es tarea fácil en el caso particular de las mujeres: siglos de ausencia, carencia de genealogías, la educación contribuyen a su inseguridad que perpetúa la injusticia y la discriminación.

El presente posmoderno no es mujer porque la feminización de la cultura, la construcción de un orden simbólico femenino sólo es una manifestación más frívola del logos tradicional. Por ello es necesario hablar de un Feminismo Transmoderno, donde no se sostiene una esencia femenina sino lugares de autoconciencia que abran

una efectiva presencia de las mujeres a través de la formalidad ético-política.

Incursionar, entonces, en la lectura de esta obra de Rodríguez Magda no es sólo una tarea filosóficamente útil, para aquellos/as especialistas en temas de teoría de género. Rodríguez Magda, con eficaz claridad, comprende y pone en el tapete los problemas fundamentales de nuestra cultura y de nuestro pensamiento, es decir, de la vida misma, en las últimas décadas del siglo XX. Y aunque su ironía y descripción frankensteiniana parecería hundirnos en cierta pesadumbre irremediable, sostiene la esperanza de un cambio, de una mejor comprensión y de una confianza en el ejercicio de la razón, cuya responsabilidad hace caer especialmente en los intelectuales.

¿Es posible creer en la eficacia ético-política de los simulacros operativos que propone la autora, sin una fundamentación fuerte? O bien ¿su planteo no deja de perpetuar cierta confianza inconfesa en el proyecto de una modernidad inacabada?

María Márta Herrera

